

Carta al gran jefe Washington

[En esos días, los indios pensaban que George Washington todavía estaba vivo. Sabían que era el nombre de un presidente, y cuando oían del presidente “de” Washington, confundían el nombre de la ciudad con el nombre del jefe reinante].

El Gran Jefe de Washington manda a decir que desea comprar esta tierra.

El Gran Jefe nos manda, asimismo, palabras de amistad y de buena voluntad. Es amable, puesto que sabemos que necesita poco nuestra amistad. Y consideraremos su oferta, porque sabemos que, si no vendemos la tierra, el hombre blanco puede venir con armas de fuego y tomarla.

Pero, ¿cómo comprar o vender el cielo y la calidez de la tierra? Esa noción nos es ajena.

Si no somos dueños de la frescura del aire y de los destellos del agua, ¿cómo puede comprárnoslos?

Decidiremos cuando llegue el momento.

El Gran Jefe de Washington puede confiar en lo que le dice el Jefe Seattle, como confían nuestros hermanos blancos en el cambio de las estaciones. Mis palabras son como las estrellas. No se ponen.

Mi gente considera sagrada cada parte de esta tierra: cada una de las agujas brillantes de los pinos, cada una de las playas arenosas, las nieblas y los claros de los bosques umbríos y también los insectos que zumban, son sagrados en la memoria y en la experiencia de mi gente. La savia que corre por los árboles lleva los recuerdos del hombre rojo.

Cuando los muertos del hombre blanco se van a caminar por entre las estrellas, se olvidan de la tierra en que nacieron. Nuestros muertos nunca se olvidan de esta hermosa tierra, pues es la madre del hombre rojo.

Somos parte de la tierra y la tierra es parte de nosotros. Las flores perfumadas son nuestras hermanas; el venado, el caballo, la gran águila, nuestros hermanos. Las sierras rocosas, la fuerza con que crecen las praderas, el calor del cuerpo de los ponis y también el hombre, todos formamos parte de la misma familia.

Por eso, cuando el Gran Jefe de Washington nos manda a decir que desea comprar nuestra tierra, nos está pidiendo mucho.

El Gran Jefe nos manda a decir que va a reservar un lugar para que podamos vivir cómodamente. Él será nuestro padre y nosotros seremos sus hijos.

Pero eso, ¿será posible alguna vez? Dios, que ama a la gente del Gran Jefe, abandonó a sus hijos rojos, y envía máquinas que le ayudan al hombre blanco en su trabajo y le construye pueblos excelentes. Lo hace cada día más fuerte. Pronto invadirá la tierra de la misma forma en que bajan los ríos en estampida por los cañones tras las lluvias repentinas. Mi gente es la marea que se va: no volveremos nunca.

No. Somos razas aparte: nuestros hijos no juegan juntos y nuestros ancianos no narran las mismas historias. A ustedes Dios los favorece: nosotros somos huérfanos.

Consideraremos, pues, su oferta de comprarnos la tierra. Pero no va a ser sencillo, porque para nosotros estas tierras son sagradas. Disfrutamos de las florestas. No sé: nuestra forma de ser es diferente de la de ustedes.

Esta agua que destella cuando se mueve por los torrentes y los ríos no es solo agua, sino también la sangre de nuestros antepasados. Si le vendemos la tierra, debe recordar que es sagrada y que cada reflejo del agua clara de los lagos narra sucesos y contiene las memorias de mi gente. El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre.

Los ríos son hermanos nuestros; nos aplacan la sed. Los ríos transportan nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos. Si le vendemos la tierra, debe recordar y enseñarles a sus hijos que los ríos son nuestros hermanos, así como también los de ustedes: en adelante deberán mostrarles la consideración que se le tiene a un hermano.

El hombre rojo siempre se ha replegado ante el avance del hombre blanco, como se disipa el rocío de las montañas ante el sol de la mañana. Las cenizas de nuestros antepasados son sagradas; las sepulturas son tierra sagrada: por eso estas colinas nos han sido consagradas, y también estos árboles, y esta porción de tierra.

Sabemos que el hombre blan

co no entiende nuestra forma de ser. Piensa que todo pedazo de tierra es igual al que le sigue, porque es como un extraño que llega de noche y se lleva de la tierra solo lo que necesita en ese instante. La tierra no es su hermana, sino su enemiga y, cuando la ha conquistado, sigue su camino. Deja atrás las sepulturas de sus padres: no le importa. Secuestra la tierra de los hijos de la tierra. No le importa. Olvida las sepulturas de sus padres y el patrimonio de sus hijos. Trata a su madre la tierra y a su hermano el cielo como objetos que compra, saquea y vende, como ovejas o cuentas de colores. Terminará devorando la tierra y atrás dejará solo desierto.

No sé, nuestra forma de ser es diferente de la de ustedes. Al hombre rojo se le lastiman los ojos cuando ve las ciudades de ustedes, pero tal vez, se deba a que el hombre rojo es salvaje y no entiende.

No hay un solo lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco. No hay dónde oír cómo se despliegan las hojas en la primavera o el batir de alas de los insectos. Tal vez se deba a que soy un salvaje y no entiendo, pero ese estrépito solo molesta mis oídos. ¿Qué valor tiene la vida si el hombre no puede oír ni el gemido solitario del cuyeo, ni las discusiones nocturnas de las ranas alrededor del estanque? Soy un hombre rojo y no entiendo. El indio prefiere el sonido suave del viento cuando se dispara como un dardo por la faz del estanque, así como el olor del viento mismo, limpio por la lluvia de mediodía o perfumado por las bellotas de los pinos.

El aire le es precioso al hombre rojo, porque todas las cosas, la bestia, el árbol, el hombre, todos comparten el mismo aliento. El hombre blanco parece no darse cuenta del aire que respira, lo mismo que es insensible al hedor del hombre que dura muchos días agonizando. Pero si le vendemos la tierra, tiene que recordar que el aire es precioso para nosotros, porque el aire comparte el espíritu con toda la vida que mantiene. El viento que le dio el primer hálito a nuestro abuelo también recibe su último suspiro. Y el viento también le debe dar a nuestros hijos el espíritu de la vida. Y si nosotros le vendemos la tierra, debe considerarla aparte y sagrada, como un lugar donde hasta el hombre blanco puede ir a disfrutar del viento, endulzado por las flores de las praderas.

Consideraremos, pues, su oferta de comprarnos la tierra. Si decidimos aceptarla, le pongo una condición: el hombre blanco debe tratar a las bestias de esta tierra como trata a sus hermanos. Soy un salvaje y no conozco ninguna otra forma de comportarme: he visto mil búfalos descomponiéndose en la pradera, abandonados por el hombre blanco, quien los mata desde un tren que pasa. Soy un salvaje y no entiendo cómo el caballo de hierro puede ser más importante que el búfalo que matamos solo para mantenernos vivos.

¿Qué es el hombre sin las bestias? Si desaparecieran todas las bestias, el hombre se moriría de una gran soledad de espíritu. Porque lo que les ocurra a las bestias, poco después le sucede también al hombre. Todas las cosas están relacionadas unas con otras. Lo que le suceda a la tierra, les sucede a los hijos de la tierra.

Deben enseñarles a sus hijos que el suelo que tienen bajo los pies está compuesto por las cenizas de nuestros abuelos. Para que respeten la tierra, díganles a sus hijos que la tierra está enriquecida por las vidas de nuestros familiares. Enséñenles a sus hijos lo que les enseñamos a los nuestros: que la tierra es nuestra madre. Lo que le sucede a la tierra, les sucede a los hijos de la tierra. Si la gente escupe el suelo, se está escupiendo a sí misma.

Sabemos esto: la tierra no le pertenece al hombre, sino que el hombre le pertenece a la tierra. Sabemos esto: todas las cosas están conectadas entre sí, como une la sangre a una familia. Todas las cosas están interrelacionadas.

Lo que le sucede a la tierra, les sucede a los hijos de la tierra. El ser humano no teje la vida, sino que es uno de los hilos. Lo que le haga al tejido, se lo hace a sí mismo.

No: el día y la noche no pueden coexistir.

Nuestros muertos viven en los ríos dulces de la tierra, vuelven con los pasos silenciosos de la primavera, y es su espíritu el que corre con el viento y encrespa la superficie de los estanques.

Vamos a analizar por qué desea el hombre blanco comprar esta tierra. Mi gente me pregunta qué es lo que desea comprar el hombre blanco. La idea nos es ajena. ¿Cómo se pueden comprar o vender el cielo, la calidez de la tierra, la levedad del antílope? ¿Cómo es posible que podamos venderles esas cosas, y cómo es posible que las compren ustedes? ¿Es de ustedes la tierra para que ustedes hagan con ella lo que les parezca, solo porque el hombre rojo firma un pedazo de papel y se lo entrega a la gente blanca? Si no somos dueños de la frescura del aire y del destello del agua, ¿cómo nos los pueden comprar? ¿Pueden comprar el búfalo, para que vuelva una vez que haya caído el último? Pero consideraremos su oferta, porque sabemos que, de no vender la tierra, el hombre blanco puede venir con fusiles y tomarla. Pero somos primitivos y, en el momento pasajero de su fuerza, el hombre blanco piensa que es un dios y dueño de la tierra. ¿Cómo puede un hombre ser dueño de su madre?

Pero vamos a considerar su oferta de comprarnos la tierra. El día y la noche no pueden coexistir. Consideraremos la oferta de ir a la reserva que dispuso usted para mi gente, viviremos aparte, y en paz. Poco importa dónde pasemos el resto de nuestros días. Nuestros hijos han visto a sus padres humillados en la derrota.

Nuestros guerreros sienten vergüenza y, tras la derrota, pasan ociosos los días y se contaminan el cuerpo con dulces y bebidas fuertes. Poco importa dónde pasemos el resto de nuestros días. No serán muchos. Unas cuantas horas más, unos cuantos inviernos más, y ninguno de los hijos de las grandes tribus que un día habitaron esta tierra y deambulan ahora como bandoleros por los bosques, ninguno quedará para llevar luto por las tumbas de esta gente que una vez fue tan poderosa y tuvo tanta esperanza como la gente de ustedes.

¿Por qué voy a llevar luto por la desaparición de mi gente? Las tribus están compuestas de hombres, nada más. Los hombres vienen y se van, como las olas del mar.

Ni el hombre blanco, cuyo Dios camina y habla con él como un amigo con otro, ni la gente blanca, están exentos del destino común. Después de todo, puede que resultemos hermanos: ya se verá. Pero sí sabemos una cosa que tal vez el hombre blanco descubra algún día: nuestro Dios es el mismo.

Usted puede pensar que posee a Dios como desea poseer nuestra tierra, pero no es así. Es el Dios de todos los hombres y su compasión es la misma, tanto para el hombre rojo como para el blanco. Para él, esta tierra es preciosa, y dañarla es acumular desprecio sobre el Creador. También los blancos pasarán, a lo mejor hasta más rápido que todas las otras tribus. Si continúan contaminando su cama, una noche se sofocarán en sus propios desechos.

Cuando perezca, el hombre blanco brillará intensamente, fulgurante por la fuerza del Dios que lo trajo a esta tierra y quien, por algún designio especial, le dio dominio sobre ella y sobre el hombre rojo. Para nosotros, ese destino es un misterio, porque no entendemos cómo va a ser cuando todos los búfalos estén muertos, domesticados los caballos salvajes, los rincones secretos de las florestas cargados del olor de muchos hombres, y la vista a las colinas obnubilada por los alambres parlantes del telégrafo.

¿Adónde se fue la espesura? ¿Qué se hizo el águila? Y, ¿cómo es despedirse del leve poni y de la caza? Será el final de la vida y el inicio de la mera supervivencia.

Por algún designio especial, Dios les dio a ustedes dominio sobre las bestias, las florestas y la gente roja, pero ese destino le resulta un misterio para el hombre rojo.

Tal vez podríamos entender si supiéramos qué sueña el hombre blanco, de qué esperanzas les habla a sus hijos en las largas noches de invierno, qué visiones les graba a fuego en la mente para que las deseen al día siguiente. Pero nosotros somos salvajes, no podemos ver los sueños del hombre blanco. Y, porque no los podemos ver, seguimos nuestra propia senda. Porque, por sobre todo lo demás, tenemos en mucho el derecho que tiene cada hombre de vivir como desea, por más lejos que esté de lo que desean sus hermanos. Hay muy poco en común entre nosotros.

Así es que vamos a considerar la oferta que usted nos hace, de comprarnos la tierra. Si aceptamos, será para asegurarnos la reserva que nos ha prometido. Allí tal vez podamos vivir como queramos los breves días que nos restan. Cuando el último hombre rojo haya desaparecido de la tierra, y su memoria no sea sino la sombra de una nube que pasa a través de la pradera, estas costas y estas florestas todavía contendrán los espíritus de mi gente. Porque amamos esta tierra como el recién nacido ama los latidos del corazón de su madre.

Si les vendemos la tierra, ámenla como la hemos amado nosotros. Cuídenla como la hemos cuidado nosotros. Mantengan la memoria de esta tierra tal y como era cuando la tomaron.

Y, con toda su fuerza, con toda su mente, con todo su corazón, presérvenla para sus hijos, y ámenla, como nos ama Dios a todos.

Sabemos una cosa: nuestro Dios es el mismo Dios. Para él, esta tierra es preciosa. Ni siquiera el hombre blanco está exento del destino común. Después de todo, puede que sí seamos hermanos.

Ya veremos.